

GUILLERMO GONZALO SCHIAVA D'ALBANO

EL ARCA

Estoy en Córdoba son las 23:05, lo sé porque acabo de leerlo en la máquina que está a la derecha del conductor, con sus números verdes y bien organizados. El tedio de esta espera me exaspera. Han pasado mas de quince minutos. Me encuentro sentado en un asiento individual, en el coche... realmente no sé el número, solo que es de la línea E 4 corredor azul. Al menos en este recinto hay luz.

El nulo movimiento, me invita a escribir. Intenté dormir, pero la sola idea de estar perdiendo el tiempo, me hace sostener con mas fuerzas esta lapicera azul trazo grueso.

Para Martín Rodriguez, (¿será realmente su nombre? no lo se, pero alguno debería tener, de eso estoy seguro) mas que una tragedia, esta lluvia que nos inmoviliza, es una bendición. *Como si cayera vino del piso, ¿entendes?* me dijo. Tengo la impresión, la cual se fortalece con cada gesto de Martín. Que nadie, lo espera con la comida caliente y los oídos dispuestos al dialogo. Está vestido como si viniera de una fiesta, todo de negro, con las mangas de la camisa desprendidas junto a los primeros cuatro botones del cuello. Es un *cordobés* como cualquier otro. Bronceado por el *sol de la obra*, de mirada tierna y sincera. De manos grandes cuidadas por la rugosidad, del rojo ladrillo.

Con su voz amplificadas por la exaltación, es por momentos el centro de atención de todos los pasajeros. Su alegría no será perpetua porque la lluvia parará, en las calles el agua bajará y el colectivo completará su recorrido. Siento cierto morbo en esto, pero sigo escribiendo.

Mientras lo veo caminando hacia mi, alguien enciende una radio. A manera de aquel niño, a quien sus padres lo dejan solo en casa y se permite mantener el volumen alto. Alejandro Saenz nos distrae... Ahora Martín está mas relajado, aunque sus modales algo bruscos emanan cada cierto tiempo. La señora que está sentada delante mío, a optado por recostarse al igual que el señor delante de ella y las dos jovencitas delante de este. Solo unos pocos hablan. Esta lluvia no va a parar. Se escucha un trueno y puedo sentir, como se vuelve estoicamente contra nosotros. Lo siento porque la ventana tiene una fisura y la helada agua me está incomodando. Me muevo hacia el borde del asiento. De otro colectivo que circulaba en la dirección contraria, nos llegan noticias del frente. Por medio de unos pasajeros que, decididos lo han abandonado y se nos unen. Algunos afirman que podemos y debemos continuar, que lo mas duro son las próximas cuadras. Tengo mis dudas, quizás este sea el fin.

Avanzamos y nos encontramos con un auto, parado en mitad de la Duarte Quiros, impidiéndonos el paso. Martín hace un comentario jocoso, sabe que nos demorará y está feliz. Algunos caminan hacia el conductor, para observar la causa de nuestras desgracias. Aunque todos sabemos que ella, nos está rodeando inexorablemente. Todos

estamos empapados, de agua que cae del cielo y nos detiene.

Se comienza a hablar sobre el racionamiento de los alimentos. Claro, entre los que colaboran con la colecta. No tengo nada, estoy condenado al igual que los demás.

Decaen mis fuerzas, no tiene sentido seguir escribiendo, ¿quien me va a leer? Martín les grita a los del coche *iamalo a Popeie que te lo empuje*¹ y ríe acompañado por la mayoría. Yo también me sonrío. Ojalá pudiera imitarlo. Se lo ve tan jovial, y distendido. Pero solo me queda escribir. Martín a bajado del colectivo y discute con el dueño del coche. Muchos lo observan. Una muchacha con su pantalón blanco, traslucido y mojado (de ropa interior blanca) está parada frente a mi, mirando hacia adelante, con sus piernas ligeramente separadas. Siento deseos de conocerla.

¹ Original en dialecto Córdobaes

Solo Martín, quien se ha sacado la camisa, (¿en que momento?) empuja el coche. Desde aquí lo alientan, dale gordo. Nos mira y hace algún gesto de triunfo al ver que este se mueve. Muchos se burlan de su actitud, sin embargo nos está redimiendo (muy en particular a mi) a su manera. Vuelve a subir y, mientras pasamos al lado del auto, le propone una paga con Cinzano.

Finalmente llego a mi parada, y comienzo a caminar hacia mi casa. La turbia agua pasa por unos centímetros mis tobillos. Y caigo en la cuenta que, a mi tampoco me espera nadie. Que necesitaba, de esta lluvia, tanto o mas que Martín. Y mientras termino de redactar esto, me pregunto si en verdad valió la pena estar escribiendo. Observando todo, juzgando desde estas alturas, en mi atalaya de palabras y tiempos vervales. Cuando tanto esperaba la compañía del otro. Sigue lloviendo y desde mi puerta entreabierta, observo como las hojas de la parra lentamente se apoderan del piso del patio. Al igual que de mi angustia.

Sin embargo, esta es sutilmente diferente. Se que volverá a llover, y que volveré a tomar aquel E 4. Que las calles volverán a inundarse y que guardaré mis hojas y mi lapicera. Que portaré una camisa negra, con sus mangas desprendidas. Que moveré los automóviles que obstruyan el camino y haré comentarios jocosos a todo aquel que me quiera escuchar. Y quizás, solo quizás, alguien me espere con los oídos atentos y la cena preparada...